

CÓMO SOBREVIVIR LAS CRISIS EN EL MINISTERIO

ORVILLE SWINDOLL¹

Lectura bíblica

1 Reyes 19:1-18 (el caso de Elías)

Véanse también los casos de Moisés, Jonás, Juan el Bautista, etc.

Cuando iniciamos el ministerio, suponemos que podemos siempre anticipar que la bendición de Dios nos hará triunfantes en todo momento, que no sufriremos períodos en los que nos sentimos bajo una sombra negra, cuando las dificultades aparecen como en cachos de bananas, cuando perdemos de vista a los amigos y los elementos de sostén. Pero la realidad es otra. Por supuesto, el Señor no nos abandona y el diablo no va a triunfar, pero que hay problemas y dificultades, los hay, y hay ocasiones en que estamos tentados a “tirar la toalla”.

Es conveniente aprender –y cuanto antes mejor- algunas verdades o prácticas que nos ayuden a guardar la sanidad mental y a poder evitar una crisis de nervios o...del matrimonio. Quiero compartir con ustedes algunas pautas que me han servido en este sentido hace muchos años y espero que les puedan ayudar también a ustedes.

No todas estas pautas tendrán el mismo valor para todos, ni serán aplicables en todos los casos. Pero servirán - así espero - para ilustrar que hay una variedad de maneras de enfrentar esos períodos oscuros en el ministerio, que a todos nos llegarán a empañar la visión alguna que otra vez. También es probable que ustedes hayan descubierto otras pautas que les ayuden en similares circunstancias.

1) Tenga alguna diversión o actividad que sirva para relajarse o distanciarse - aunque sea por un tiempo - del problema o de la crisis. El ministerio suele ser intenso y nos consume. Pero necesitamos aprender a relajarnos. Claro está que habrá que volver a encarar la dificultad, pero la distancia y el aflojar la tensión ayudan a aclarar la mente, permitiéndole volver con nuevas ideas o nuevas fuerzas. Esta diversión puede consistir en algún deporte, un hobby, la construcción de algo, la música, el arte u otra cosa. A veces conviene parar las actividades intensas simplemente para jugar con otros, pues aliviará la tensión.

2) Construya un matrimonio bueno y sólido. Cuando el trabajo de uno le produce tensiones y conflictos y el matrimonio también lo hace, la presión por todos lados es capaz de provocar una quiebra o bien puede dar lugar a que uno caiga en una tentación moral. Nada es más importante en la vida de un ministro del evangelio, que la construcción de un matrimonio sólido y feliz. Esto no es una cuestión de suerte. Evidentemente tenemos que contar con la bendición y la guía del Señor, pero esto requiere también diligencia, paciencia, la habilidad de dialogar y escuchar el uno al otro, la disposición de seguir hasta encontrar la solución necesaria. Nadie es más importante para mí en el ministerio que mi propia esposa. Debo velar por su salud, su satisfacción, su sentido de realización. Debo protegerla de los elementos que atenten en su contra.

3) Desarrolle buenas amistades con algunas personas de confianza. La amistad es de enorme valor, pero hay que construirla en tiempos de paz. Podemos tener muchos colegas que

respetamos, pero es difícil ser realmente amigo de muchos. El gran valor de la amistad se ve en los tiempos de crisis cuando necesitamos abrir el corazón, mostrar nuestra vulnerabilidad, comunicar nuestros profundos anhelos y también las tristezas. He descubierto que el solo hecho de exponer mi problema ante un amigo o ante mi esposa, sirve para aliviar la tensión aun cuando no encuentre la solución. Me ayuda a despejar la mente.

4) Acepte el hecho de que hay misterios en la vida; hay problemas que no vamos a resolver, hay preguntas que no podremos contestar. Para estas cosas, podemos contar con la gracia de Dios. Aprendamos que la gracia de Dios cubre muchas cosas sin resolverlas, hace posible vivir con tensiones sin sufrir por los roces.

5) No se tome demasiado en serio. Acepte con humildad sus torpezas, sus imprecisiones, sus errores ya cometidos. Esto no es una excusa para cometer faltas o hacer mal a otros, Pero necesitamos tener muy claro que no vamos a poder ser siempre perfectos, siempre sobresalientes. Debo aprender a reírme de mis torpezas y estupideces. Debo también aprender a aceptar el reto de otros o la corrección de una falta que cometí. Nuestro éxito no depende de nuestra perfección o nuestra gran destreza, sino de la gracia de Dios. Tengo que aprender que Dios bendice hasta los torpes.

6) No convierta toda tensión y conflicto en una guerra que tiene que ganar. Algunas batallas vamos a perder. No tiene sentido pelear sobre preferencias o puntos de vista o diferencias de personalidad. Deje que su colega sea como es. Deje que los hermanos de la congregación sean como son. Podemos educar a otros sin pretender convertirlos totalmente a nuestro punto de vista. Tengo que decidir que hay muchas cosas y diferencias por las cuales no vale la pena pelear. Al pasar los años me doy cuenta cada vez más que es mejor elegir con mucho cuidado cuáles son las batallas que estoy dispuesto a pelear. La mayoría ya no peleo. Valoro más la posibilidad de convivir en armonía que ser rey de la montaña.

7) Recuerde que no está solo; hay muchos otros que son fieles, aun en los conflictos. Esto es lo que Dios contó a Elías, cuando estuvo tan desanimado y deprimido que creía ser el único que había permanecido fiel a Dios. Dios le dijo que tenía siete mil más que no se habían inclinado ante Baal. La victoria del Señor no depende solo de nosotros. No se haga demasiado importante. No somos imprescindibles. Preparémonos para declinar con gracia, para dar lugar a otros. Podemos durar más tiempo, si optamos por un perfil más bajo.

¹ Pastor de la Comunidad Cristiana de Miami, EEUU, y miembro del grupo apostólico en Argentina.